

TRAS LAS HUELLAS DE JOSÉ SOLANES: NOMBRES Y REPRESENTACIONES DEL EXILIO¹

Elena Trapanese

Existir es expresarse.

EDUARDO NICOL

INTRODUCCIÓN

El siglo xx europeo ha sido definido de forma trágicamente acertada como *Century of the homeless man*, es decir, “el siglo de los sin patria”. La expresión, acuñada por el periodista Elfan Rees (1957, cit. en Solanes 1991: 23), valdría también para la historia de España y no solo la del siglo pasado: en este caso bien podríamos referirnos a *Centuries of the homeless man*, “siglos de los sin patria” o, si se prefiere, “siglos de los exiliados”.

En efecto, como ha subrayado el historiador del pensamiento José Luis Abellán, la “reiteración de exilios es una constante de la historia de España desde el momento mismo en que se constituye el Estado moderno con la unión de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla en 1469, produciéndose al poco tiempo —1492— la expulsión de los judíos” (Abellán 2001: 17); se trata de un fenómeno que ha protagonizado también los siglos xvi, xvii, xviii, xix y, de manera más significativa, el siglo xx.

¹ Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto de investigación “Narrativas en transición: filosofía, literatura y ciencias sociales hacia la construcción de un Estado democrático” (SI1/PJI/2019-00307). Acción financiada por la Comunidad de Madrid a través del Convenio Plurianual con la Universidad Autónoma de Madrid en su línea de actuación estímulo a la investigación de jóvenes doctores, en el marco del V PRICIT (V Plan Regional de Investigación Científica e Innovación Tecnológica).

Sin lugar a duda, en el marco de esta larga historia, el exilio republicano de 1939 fue especialmente dramático: por su duración, por su carácter masivo y también por la herida generacional que produjo, porque fueron exiliadas generaciones enteras que llevaron consigo la memoria del pasado de España, su “voz” y su “canción”, como ya nos advirtió León Felipe en su más célebre poema:

Franco, tuya es la hacienda,
la casa,
el caballo
y la pistola.
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y errante
por el mundo...
Mas yo te dejo mudo..., ¡mudo!,
y ¿cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción? (León Felipe 2008: 177).

Según las palabras de uno de los protagonistas del exilio, Enrique de Rivas, se trató de “una amputación realizada en el cuerpo vivo de la nación” (1996: 125), en el cuerpo de un país herido por una guerra civil que había tomado dimensiones que superaban los confines nacionales y se había configurado como una lucha que abría el gran enfrentamiento de la democracia contra los fascismos, que se combatiría en el teatro de la Segunda Guerra Mundial. Fue un desgarramiento que no solo afectó dolorosamente a los que sufrieron el exilio, sino que marcó irremediabilmente también al país de origen y los procesos de construcción de su identidad política, cultural y simbólica. Como ha señalado lúcidamente Eduardo Carrasco, “el hecho de que el exilio lo vivan algunos no significa que sean estos algunos los únicos que sufren el mal del desgarramiento. En realidad, se vea esto o no, el exilio es un mal de todos los que coexisten, una herida en la copertenencia, un desgarramiento en el centro mismo del ser común” (2002: 223)².

² Para un estudio más detallado de este tema, remitimos a Silva Rojas (2015).

Al llevarse la “canción”, los exiliados españoles dieron vida a un rico y multifacético universo de nombres y representaciones de su experiencia, al que resulta complejo acercarse. Una excelente guía para orientarse en él nos la ofrece la obra del siquiatra José Solanes Vilapreñó (1909-1991), quien, tras la salida del país, seguirá sus estudios de psiquiatría en Francia para dejar definitivamente Europa en 1949 y trasladarse a Venezuela. Como exiliado, médico, siquiatra y gran humanista, dedicó gran parte de sus esfuerzos a la realización de una valiosa investigación sobre los nombres del exilio y las alteraciones del espacio y del tiempo que esta radical experiencia producía en quienes la vivían. Alteraciones que él no pretendía patologizar, pero que creía que era preciso estudiar y catalogar para poder entender la literatura y la filosofía del exilio. Una parte significativa de los resultados de este trabajo se encuentra hoy recogida en *Los nombres del exilio* (1991), un libro desafortunadamente todavía poco estudiado. A continuación, nos proponemos analizar algunas de sus aportaciones más importantes, hilándolas con las reflexiones y los testimonios personales de otros exiliados españoles, como María Zambrano, Adolfo Sánchez Vázquez, Enrique de Rivas, Remedios Varo y José Gaos, entre otros.

I. ESPACIOS Y FRONTERAS

“¿No debería hacerse comenzar toda antropología por un estudio sobre el exilio?” (Solanes 1991: 22). Con esta provocadora afirmación, Solanes nos introduce en el tema de su investigación. Lejos de estar proponiendo una simplista teorización del exilio como estilo de vida, como figura del nomadismo, del peregrinar por la vida, el siquiatra ve en el exilio la manifestación más evidente de la inadaptabilidad del ser humano. Y afirma que el ser humano es por naturaleza extranjero, emigrante, exiliado:

El exiliado es el paradigma del hombre. Se considera a los exiliados como hombres por excelencia, y son muchos los pueblos que hacen remontar su linaje hasta algún real o fabuloso exiliado. Es decir, la sociedad rechaza a los que se desvían del modelo escogido para todos, y una vez ahuyentados los que se desvían, se declara que son ellos precisamente quienes representan a todos. Es a través de la institución del exilio, tan propia de nuestras sociedades, como se manifiesta del modo más

ostensible lo que hay de más singular en la sociedad humana, y ello en términos casi paradójicos. No ajustarse a modelo: ¿será eso lo modélico? (1991: 18).

Sin embargo, nos advierte: existen diferencias substanciales en las vivencias del exilio, en los nombres que los seres humanos le han dado, en las representaciones que han elegido para darle voz. Es decir: hay que tener cuidado con la metáfora del exilio para no abusar de ella. Como escribía el célebre intelectual palestino Edward Said:

El exilio es algo curiosamente cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar. Es la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza. Y aunque es cierto que la literatura y la historia contienen episodios heroicos, románticos, gloriosos e incluso triunfantes de la vida de un exiliado, todos ellos no son más que esfuerzos encaminados a vencer el agobiante pesar del extrañamiento. Los logros del exiliado están minados siempre por la pérdida de algo que ha quedado atrás para siempre (2001: 179).

El intelectual Said no es la única voz que ha pronunciado esta advertencia. También la filósofa María Zambrano, en su célebre artículo “Amo mi exilio” —publicado tras su regreso a España— confesaba estar mordiéndose los labios al afirmar que el exilio había sido una experiencia irrenunciable y reveladora: “Yo no concibo mi vida sin el exilio que he vivido. [...] Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana, pero al decirlo me quemo los labios, porque yo querría que no volviese a haber exiliados, sino que todos fueran seres humanos y a la par cósmicos, que no se conociera el exilio” (1989: 3). También otro exiliado, Adolfo Sánchez Vázquez afirmará que no existen exilios “dorados”, porque es imposible recibir una compensación por la pérdida de la patria; el exilio es una herida abierta, imposible de sanar.

Podemos encontrar una magistral descripción de este extrañamiento, de la apertura de esta grieta insanable, en *Delirio y destino*, de Zambrano, un texto que escribió a principios de los años 50 y publicó solo en 1989. Tras haber cruzado la frontera en medio de una multitud de desesperados, nos relata sus sensaciones e impresiones durante las primeras noches en un pueblecillo, cerca de Perpiñán:

Sintió el cambio de su situación en el mundo, frente al mundo, por algo nímio, como suelen revelarse las grandes cosas. Sintió miedo al oír unos pasos que subían la escalera del pequeño hotel, pensando que fuesen los gendarmes a pedirle la documentación, aunque la tenía. Y eran unos viajeros jóvenes y alegres que cruzaban camino de París, como ella misma había cruzado así carreteras, caminos, ciudades, pueblos, a la llegada del amanecer, desconociendo la angustia que dormía en alguna cerrada alcoba. Y aquel miedo y aquella distancia que sintió la separaba de los alegres viajeros, le dio la medida del cambio de su situación más que el haber atravesado la frontera en medio de aquella inmensa multitud... [...]

Eran ya diferentes. Tuvieron esa revelación: no eran iguales a los demás, ya no eran ciudadanos de ningún país, eran... exiliados, desterrados, refugiados... algo diferente que suscitaría aquello que provocaban en la Edad Media algunos seres “sagrados”: respeto, simpatía, piedad, horror, repulsión, atracción, en fin... eso, algo diferente. Vencidos que no han muerto, que no han tenido la discreción de morir... supervivientes (Zambrano 2014: 1050-1052).

Supervivientes, entonces, los exiliados, los desterrados y los refugiados españoles. Seres que pueden suscitar en los demás sentimientos contradictorios: simpatía, horror, repulsión, miedo, piedad. Paremos un momento, aunque solo para señalar la actualidad de esta imagen ofrecida por Zambrano: una instantánea sobre el sentimiento de muchos que hoy en día esperan en las fronteras y también sobre el mundo multifacético de los sentimientos que esta presencia produce en nuestras vidas, en la vida de los “ciudadanos” y “ciudadanas”.

El paso de la frontera es un acontecimiento irreversible, escribirá Zambrano en *Los bienaventurados*: “Ya nunca más se repararía, o se repararía sin volver nunca a recuperar la situación que se perdía en este momento: ya no habría más eso que por adversión a la retórica se había dicho tan poco, eso, una patria” (2004: 44). El cruce de la frontera marca la imposibilidad de volver a tener una patria. Mejor dicho, marca la imposibilidad de volver a tener una patria como antes, una patria común.

El exiliado, el desterrado, el refugiado son figuras del afuera, por andar sin patria ni casa. Pero, precisamente por ello, son también figuras reveladoras: al salir de la patria y de la casa el exiliado “se quedó para siempre fuera, librado a la visión, proponiendo el ver para verse; porque aquel que lo vea

acaba viéndose, lo que tan imposible resulta, en su casa, en su propia casa, en su propia geografía e historia, verse en sus raíces sin haberse desprendido de ellas, sin haber sido de ellas arrancado” (Zambrano 2004: 33).

El exilio se configura como una experiencia de desarraigo radical, reveladora, pero a la par capaz de producir alteraciones, fenómenos de elasticidad en la percepción del espacio y del tiempo que, nos dice Solanes, tiene importantes consecuencias en la vida de los individuos y de su colectividad, en las formas de decir y narrar nuestra identidad.

No sorprende que muchos hayan sido los nombres que se han dado al exilio: *destierro*, *refugio*, *desarraigo*, *exilio*. Muchos también los neologismos creados para describir la figura del exiliado: *despatriado*, *transterrado*, o también *descielado*, término creado por Francisco Umbral (Solanes 1991: 59) después de haber leído el testimonio de Santiago Carrillo, quien, al bajar del avión que lo había llevado de vuelta a España tras largos años de exilio, lo primero que hizo fue dirigir la mirada hacia el cielo azul de Madrid, afirmando que era lo que más había echado de menos. El artículo de Umbral, que Solanes menciona brevemente, proponía una visión inédita de los exiliados españoles:

[...] exiliados del cielo patrio, como descielados.

O sea, que los vencedores de todas las guerras civiles españolas, no solo se han quedado con la tierra de España, sino, lo que es más grave, también se han quedado con el cielo.

[...] Lo malo de perder una guerra civil no es perder la tierra de uno, sino el cielo de uno, que de todas maneras lo tienen amueblado los vencedores con santos de pueblo, beatas canonizadas, monjas de las llagas y mártires de la virtud [...].

Al preso político le queda un paralelepípedo de cielo ideológico Y democrático³. Al exiliado, al descielado, ni eso. Comprendo la emoción de Carrillo porque es una emoción de poeta. O, sencillamente, una emoción de español (1976)⁴.

³ Umbral se refiere al cielo azul visto a través de las ventanas de la cárcel.

⁴ El artículo, titulado “El cielo azul” apareció en la versión impresa de *El País* el 29 de noviembre de 1976, <https://elpais.com/diario/1976/11/30/sociedad/218156408_850215.html> (23-02-2022).

Son todos términos que hacen explícita referencia a la dimensión espacial del exilio, a la expulsión forzada, a la salida obligada, a la ausencia de la tierra o del cielo de origen. En otras palabras, del horizonte y de las circunstancias de pertenencia.

En muchos casos, el imaginario del exilio —comenta Solanes— se inscribe en un campo de representaciones vinculadas al silencioso mundo vegetal⁵. El exiliado se describe como un árbol desarraigado, con las raíces en el aire o como una planta que, por ser considerada nada más que una mala hierba, es extirpada o tumbada a machetazos. La vivencia del exilio se puede convertir en una condición en la que es posible vegetar, pasivamente, siempre al borde del peligro de extinción. Pero en algunos casos el exiliado se describe también como un árbol que, pese a haber perdido sus hojas, a haber sido derrumbado, se levanta contra el viento amarillo del olvido, contra toda hacha real y metafórica. Merece la pena recordar el soneto “El desterrado” de Sánchez Vázquez:

El árbol más entero contra el viento,
heló en tierra, deshecho, derribado.
Congregando su furia en su costado,
el hacha lo dejó sin fundamento.

La torre que besaba el firmamento
—¡oh, sueño vertical, purificado!—
con todo su volumen desplomado
tan solo de la muerte es monumento.

Y tú, desnudo y leve junco humano,
contra el viento amarillo del olvido,
contra todo rigor, estás erguido.

⁵ Resulta curioso, apunta Solanes, que, si los exiliados “no dudan en compararse con vegetales, poco se comparan con animales” y, cuando lo hacen, suele recurrir al mundo de las aves (Solanes 1991: 39). El siquiátra sugiere, pero sin profundizar, la importancia de un tema que desde nuestro punto de vista merecería un análisis más detallado: la impregnación que caracteriza las acciones de algunas aves (pensemos en las golondrinas, por ejemplo, que regresan al lugar donde nacieron para dar a luz sus crías) y la impregnación del universo simbólico y cultural de la patria que afecta a la vida de los exiliados, a sus retornos simbólicos una y otra vez al nido del que fueron arrancados.

Torre humana o árbol sobrehumano,
 contra el hacha, en el aire levantado,
 sin raíz ni cimiento, desterrado (1997: 143)⁶.

Solo en algunos casos estos árboles desarraigados consiguieron encontrar una nueva tierra, o una nueva patria: exiliados “transterrados”, según los definió y se definió el filósofo José Gaos en “Confesiones de transterrado”⁷ y en célebres textos que, contrariamente a cuanto afirmado por Solanes (1991: 58), no dejaron de originar críticas en el mundo del exilio de 1939⁸. Gaos definía la experiencia del transtierro —la suya y la de los otros exiliados españoles en México— como la impresión “de no haber dejado la tierra patria por una tierra extranjera”, sino más bien de haberse “trasladado de una tierra de la patria a otra”, aunque admitía que las circunstancias —la acogida recibida, en México y en la Universidad, entre otras— fueron determinantes para que pudiera empezar a vivir como “un empatriado”:

Para ponerse a vivir en plan definitivo, no basta la idea de ser siempre lo mejor. No basta ni siquiera *querer* ponerse en tal plan. Es indispensable *poder* ponerse en él, o que las circunstancias lo permitan, ya que no lo *favorezcan*. En mi caso, no lo habían permitido, solamente; lo habían favorecido tan poderosa y eficazmente como, esto, sí que no lo prevé en ningún momento —de los que se sucedieron...

⁶ El soneto se encuentra recogido en “Mi trato con la poesía en el exilio”. En este ensayo el filósofo afirma que su poesía se distancia del concepto de *transtierro*: “esta actitud no es la que expresa mi poesía de esos años [...] el destierro no es un ‘transtierro’, en el sentido de simple trasplante o continuidad que permite rescatar o recuperar lo perdido. La tierra que recoge al español que se ha quedado aterrado (sin tierra), sin raíz ni centro, no es su tierra, aunque con el tiempo —y tiempo no faltó— llegará a ser suya, pero lo será no por un don que le cae a su llegada, sino en la medida en que hecha nuevas raíces, crece con ellas y desde ellas se integra sin dejar de ser fiel por ello a sus orígenes. Lo que hará, en definitiva, que por esta doble raíz su exilio no tenga fin” (Sánchez Vázquez 1997: 148).

⁷ El discurso fue publicado póstumamente: “Confesiones de un desterrado” (Gaos 1994: 3-9).

⁸ José Gaos publicó tres textos en los cuales sustenta su teoría del “transtierro” como una forma de interpretar el exilio español y su propio exilio: “Los ‘transterrados’ de la filosofía en México” (1949), *En torno a la filosofía mexicana* (1953) y “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana” (1966).

El factor fundamental fue aquí, sin duda, el no haberme sentido en México en ningún momento, desde el de arribo hasta este mismo, propiamente *desterrado* (Gaos 1994: 4).

No obstante, la tierra de acogida, mientras alimenta, al mismo tiempo convierte a los exiliados en otras “plantas” y puede hasta terminar impidiendo la vuelta. Sánchez Vázquez daba voz a esta experiencia con estas palabras:

¡Oh tierra que me ofreces tu consuelo!
dejándome seguir mi derrotero,
más cerca estoy de ti, más prisionero (1997: 148).

El mismo Gaos lo había subrayado en el ya mencionado discurso, al comentar que su estancia en México “iba a representar una segunda vida” y que, por tanto, el regreso a España nunca podría ser un regreso “a la primera vida. La España de la eventual vuelta después de lo que venía pasando e iba a pasar aún, entre ello, sobre todo, una guerra mundial, no sería la España dejada. La vida en ella tendría que ser, forzosamente, una tercera vida” (1994: 4).

Especialmente crítico acerca de esta definición gaosiana fue Sánchez Vázquez, quien sostenía que ellos eran desterrados “y no simples transterrados, como nos calificó después Gaos. Nunca estuve de acuerdo con esta expresión de mi maestro” (1997: 59). El exilio es una experiencia sin fin, “es un desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no cicatriza, una puerta que parece abrirse y que nunca se abre”: no puede ser entendido, entonces, como un simple trasplante, porque el exilio conlleva “no solo la pérdida de la tierra propia, sino con ello la pérdida de la tierra como raíz o centro” (Sánchez Vázquez 1997: 46). Al desterrado no le quedan más opciones que vivir una vida sin raíces:

Ser un árbol de sangre y de pureza,
y tener que vivir desarbolado
como el árbol que vive sin raíces (1997: 146).

Sin embargo, es entre los testimonios de los pertenecientes a la llamada Segunda Generación del exilio —la generación hispanoamericana o generación Napanla, formada por niños que salieron de España cuando todavía

eran pequeños y que se formaron en México— donde encontramos reflexiones especialmente interesantes al respecto. Recuerda Enrique de Rivas en su autobiografía, *Cuando acabe la guerra*, que por muchos años “se ha hablado de ‘refugiados’ y no de exiliados, término elegante y con un no sé qué de literario dorado que para nada tenía que ver con nosotros, como tampoco el más superferolítico de ‘diáspora’ que algún que otro ‘hombre de cultura’ ha pensado como más digno” (1992: 100). Años más tarde volverá sobre este tema:

¿Transtrados? ¿Exiliados? Son eufemismos. Fuimos, ante todo, ‘refugiados’. A quien exilian o destierran le sacan de un contexto donde resulta incómodo o peligroso. Quien ‘se refugia’ lo hace por salvar la piel. Huyeron nuestros padres de la destrucción física y moral, con sus apéndices, que éramos nosotros. Los hijos, en la infancia, son la prolongación material de los padres. De mayores, su continuación, con variaciones y metamorfosis.

En tanto que niños y apéndices, no nos cabe siquiera el honor de habernos refugiado por iniciativa propia. [...]

Para preservarnos en vista de ese regreso, nos transterraron, con las raíces tier-nas totalmente al aire, pero al pasarnos de una tierra a otra, como no se trataba de que echásemos raíces exóticas, tuvieron buen cuidado de que el *abono* fuera el mismo que el del otro lado del océano o lo más parecido, para que resultásemos las mismas plantas que hubiéramos sido de no haber existido la necesidad del refugio (2011: 23).

Para que estas jóvenes raíces no se alimentaran de un abono diferente, en países como México se crearon escuelas y colegios españoles, como el Instituto Luis Vives.

Los exiliados españoles se sintieron ante todo refugiados: se refugiaron y refugiaron a sus hijos para salvarse. Debemos a Zambrano una de las reflexiones más lúcidas al respecto, en el libro *Los bienaventurados*:

El refugiado se ve acogido más o menos amorosamente en un lugar donde se le hace hueco, que se le ofrece y aún concede y, en el más hiriente de los casos, donde se le tolera. Algo encuentra donde depositar su cuerpo que fue expulsado de ese su lugar primero, patria se le llama, casa propia, de lo propio [...]. En tanto que refugiado proyecta, idea y hasta maquina [...]. Al propiamente refugiado, al únicamente refugiado, el destierro no le absorbe. [...] Y se siente así más fiel a su

tierra que nunca, más que nadie, más que los demás. Pues que la comparación se va apoderando de su mente y del inagotable cálculo que podríamos llamar “existencial” (2004: 31-37).

Todo cuanto hace está organizado para el regreso.

A diferencia del refugiado, el desterrado —comenta Sánchez Vázquez en *Recuerdos y reflexiones del exilio*— “espera y desespera”: su vida consiste en un estar siempre en vilo, sin poder tocar tierra, en un quedarse “aterrado”, privado no solo de la tierra propia, sino de la tierra como centro o raíz. “Cortadas sus raíces, no puede arraigarse aquí: prendido del pasado, arrastrado por el futuro, no vive el presente” (Sánchez Vázquez 1997: 46). Zambrano añadirá que el desterrado siente su vida como si estuviera suspendida: siente la expulsión de su patria como la expulsión de una tierra que le pertenece, así como él pertenece a ella. El desterrado no se libera nunca de la patria de la que ha sido expulsado. Por ello nunca deja de sentir el vacío, la amarga ausencia de la patria terminando por vivir entre idealización y nostalgia, en una comparación constante. Señala al respecto Sánchez Vázquez:

De ahí su idealización de lo perdido, la nostalgia que envuelve todo en una nueva luz (las calles sucias resplandecen; la fruta pequeña se agranda; las flores huelen mejor; las voces duras se suavizan, y hasta las piedras pierden sus aristas) [...].

La idealización y la nostalgia, sin embargo, no se dan impunemente y cobran un pesado tributo, que pocos exiliados dejan de pagar: la ceguera para lo que le rodea. Sus ojos ven y no ven; viendo esto, ven aquello; mirando al presente, ven el pasado. Y lo que durante algún tiempo puede alimentar el fuego de la poesía (ha habido una excelente poesía del destierro), es fatal en política, pues no se hace política en el aire, sino con los pies bien afirmados en tierra (1997: 46).

Para el desterrado, comentará Sánchez Vázquez al hablar de su trato con la poesía en los primeros diez años de exilio, no existe otro criterio, otra medida que no sea la del propio destierro. Lo expresa dolorosamente en este soneto:

Al dolor del destierro condenados
—la raíz en la tierra que perdimos—,
con el dolor humano nos medimos,
que no hay mejor medida, desterrados.

Los metales por años trabajados,
 las espigas que puras recogimos,
 el amor, y hasta el odio que sentimos,
 los medimos de nuevo, desbordados.
 Medimos el dolor que precipita
 al olvido la sangre innecesaria
 y que afirma la vida en su cimiento.

Por él nuestra verdad se delimita
 contra toda carroña originaria
 y el destierro se torna fundamento (1997: 144).

Tema de reflexión filosófica ha sido también el término *exilio* que, privado de cualquier sentido de exaltación o mitificación, ha sido utilizado para describir una experiencia de absoluta radicalidad: el “no tener lugar en el mundo, ni geográfico, ni social, ni político, ni [...] ontológico. No ser nadie, ni un mendigo: no ser nada” (Zambrano 2004: 36). En algunos casos esta experiencia se tradujo en no tener ni siquiera un lugar lingüístico. Interesante, desde este punto de vista, es una confesión de Eduardo Nicol en una entrevista otorgada a Rubert de Ventós: el filósofo afirmaba haber padecido un exilio con respecto a la patria, por haber vivido en una tierra distinta del lugar donde había nacido, y también un “exilio de la lengua”, porque antes de llegar a México desde Barcelona —recordaba— “yo no había escrito ni una sola línea en castellano” (Nicol 1998: 21). Menos dramática fue la postura de José Ferrater Mora quien afirmó lo siguiente: “No tener una lengua ‘propia’, no quiere decir necesariamente no tener ninguna lengua; puede querer decir tener varias. En un mundo cada día más universal como el nuestro no es una mala solución” (1961: 8-9).

No obstante, pese a las diferencias, gran parte de los filósofos españoles han coincidido en subrayar el carácter radical del término exilio: un desarraigo que no corresponde a una condición pasajera, sino que se convierte en una forma de estar, sentir y pensar en el mundo, en la piel que habitaban. Especialmente significativa es la imagen que ofrece al respecto la filósofa Zambrano, en “Amo mi exilio”: el exiliado que regresa a España después de muchas décadas fuera de su país puede sentirse como San Bartolomé, cuyo martirio consistió en ser despellejado vivo.

El espacio del exilio se configura como un espacio heterogéneo. A veces los exiliados intentan crear pequeñas islas capaces de recodarles su patria, fragmentos de lo perdido y soñado: las islas son el “lugar propio del exiliado que las hace sin saberlo allí donde no aparecen. Las hace o las revela dejándolas flotar en la ilimitación de las aguas” (Zambrano 2004: 41-42). Otras veces viven un fenómeno de elasticidad de las fronteras, casi como si llevaran consigo los límites de su patria pegados debajo de los zapatos. La misma noción de frontera deja de ser objetiva y termina por estar vinculada con el sentimiento de estar llevando siempre con uno mismo confines de los cuales resulta imposible liberarse y que al mismo tiempo resulta imposible cruzar. El exiliado lleva consigo el espacio de su propio exilio, nos dice Solanes. Se trata de un fenómeno muy común, que el siquiatra define como el carácter adhesivo de las fronteras y el escritor chileno Carrasco resume con la acertada imagen de un “caracol”, que lleva su casa sobre sus propios hombros (2002: 214-215)⁹, el país que ha dejado a cuestas. Es evidente, comenta Solanes, que el alejamiento físico “no suprime la vecindad psicológica, y menos en el destierro” (1991: 101). Desde este punto de vista, el exiliado parece estar llevando consigo no solo los límites de su patria, sino una maleta llena de recuerdos, puntos de referencia, palabras, imágenes y sueños, todo un mapa vital que sustenta y a la par mantiene abierta la herida, la inevitable dependencia. Afirma lúcidamente Solanes que, si la distancia que separa físicamente al exiliado de la patria puede variar, sin embargo “los tabiques del exilio permanecerán igualmente estancos. El singular carácter de los límites entre los cuales el desterrado se halla retenido derivan [sic] de haber sido particularmente instituidos, trazados especialmente para uno, como un traje que se corta a la medida del que lo tiene que llevar puesto” (1991: 102).

A tal propósito, me gustaría comentar una conocida obra de la pintora Remedios Varo, *Vagabundo* (1957), que retrata a un hombre con un complicado atavío que lleva consigo todo lo necesario y se siente autosuficiente. Pero se trata de una autosuficiencia ilusoria:

Este cuadro es a mi juicio uno de los mejores que he pintado. Es un modelo de traje de vagabundo, pero se trata de un vagabundo *no liberado*, es un traje

⁹ Para un análisis más detallado de la obra de Carrasco, véase Silva Rojas (2015).

muy práctico y cómodo, como locomoción tiene tracción delantera, si levanta el bastón se detiene; el traje se puede cerrar herméticamente por la noche, tiene una puertecilla que se puede cerrar con llave, algunas partes del traje son de madera, pero como digo, el hombre no está liberado: en un lado del traje hay un recoveco que equivale a la sala, allí hay un retrato colgado y tres libros, en el pecho lleva una maceta donde cultiva una rosa, planta más fina y delicada que la que encuentra por esos bosques, pero necesita el retrato, la rosa (añoranza de un jardincillo en una casa) y su gato; no es verdaderamente libre (Mendoza Bolio 2010: 175).

La independencia es algo difícil de conseguir. Lo que le pertenece al exiliado cabe en un bolsillo, en un traje, en un aparato de locomoción. Este vagabundo de Varo arrastra consigo una rosa, un gato, un cuadro, una casa de recuerdos. Es podríamos decir recuperando la imagen de Carrasco, un vagabundo-caracola.

2. EN EL UMBRAL DEL TIEMPO

Si la mayoría de los diccionarios “definen el exilio en función del espacio” (Solanes 1991: 53), Solanes afirma que resulta imprescindible recurrir también a la dimensión temporal para estudiar este fenómeno, puesto que lo que marca más la vida de un exiliado no es tanto verse alejado de la tierra o de la patria, sino “encontrarse apartado del tiempo” (1991: 60), casi arrancado de él.

Dentro del multifacético mundo del exilio de 1939, tal vez Enrique de Rivas sea quien ha dedicado las páginas más interesantes y lúcidas al tema de la sensación y percepción del tiempo en el exilio:

Cuando un ser humano se ve sometido al estado que comporta el exilio, se producen en él condiciones físicas y psíquicas que a la larga determinan su percepción de los conceptos de espacio y de tiempo, a través de una serie de modificaciones de mayor o menor cuantía pero que en su conjunto afectan tanto a su propio ser como la conciencia de su devenir en un espacio geográfico dado y en un lapso de tiempo cuya medida no puede realizarse con los datos normales del calendario (1996: 125).

De Rivas hace referencia a percepciones que no pueden medirse con los mismos instrumentos con los que se mide el normal acontecer de la vida del ser humano, porque el exilio determina que aparezca un fenómeno de asimilación del espacio al tiempo: el exiliado puede aceptar que le venga a faltar el suelo, pero le resulta imposible concebir el tiempo del destierro como algo sin fin. “El exiliado —afirma Enrique de Rivas— al empezar a serlo con fuerza, concibe el tiempo como un espacio ignoto, temeroso, pero en virtud de su propia experiencia excluye que ese tiempo no pueda tener fin en un punto desconocido todavía, pero sin duda existente” (1996: 127).

Sin embargo, como nos recuerda Solanes, es al exiliado polaco Jozef Wittlin (1972) “a quien debemos un neologismo muy interesante, que él crea a partir del castellano para definir el exilio en relación con el tiempo: *destiempo*, término que indica un desarraigo temporal, una alteración en las maneras de sentirse parte o no del tiempo de una colectividad” (Trapanese 2018: 208). Sus reflexiones aparecieron en la revista italiana *Settanta*:

En español existe un término especial para definir a un exiliado; destierro, es decir [la condición de] un hombre privado de su tierra. Querría acuñar otra definición: *destiempo*, es decir [la condición de] un hombre privado del tiempo, de aquel tiempo que continúa fluyendo en su país. El tiempo en el exilio es una eternidad completamente diferente: algo monstruoso, casi loco. Porque el exiliado vive simultáneamente en dos niveles temporales, el presente y el pasado. Vivir en el pasado requiere a veces más energía con respecto al vivir en el presente, y puede ejercer una influencia tiránica sobre la entera psique de un exiliado, influencia que puede tener consecuencias positivas y negativas (Wittlin 1972: 38, cit. en Trapanese 2018: 208 [la traducción es nuestra]).

Sugiere Solanes que la experiencia del destiempo no debería de ser confundida con la de un no-tiempo, sino más bien con la de un tiempo elástico, dilatado. El reloj del exiliado marca segundos, minutos y horas diferentes. El destiempo es un tiempo del afuera, que hace imposible también el regreso. Debemos a Claudio Guillén una de las descripciones más lúcidas de esta incómoda sensación:

A veces se ha hablado del destiempo, no sé si habéis oído eso... Eso es un término que utilizó Borges al fin de los años 30. Yo lo utilicé en un escrito mío y

lo recogió Antonio Muñoz Molina en su discurso de ingreso en la Academia. El destiempo es el hombre que encuentra, que puede volver, por decirlo así, al espacio que ha perdido durante tanto tiempo, puede volver a su ciudad, a su paisaje, puede haber cambiado pero no tanto, pero el tiempo que han vivido los demás no es el tiempo que él ha vivido. Y entonces se encuentra hasta cierto punto expulsado del presente y tal vez del futuro de su propio país. Porque no ha podido incorporarse al devenir, al devenir temporal de su país, a su ritmo, a su desarrollo (cit. en Abreu 2011: 489)¹⁰.

El tiempo, escribirá Sánchez Vázquez, “no pasa impunemente” (1997: 47): el exiliado, tanto si vuelve como si no lo hace, nunca sale del todo del exilio.

Puede volver, pero una nueva nostalgia y una nueva idealización se adueñan de él. Puede quedarse, pero jamás podrá renunciar al pasado que lo trajo aquí y sin el futuro ahora con el que soñó tantos años.

Al cabo del largo periplo del exilio, escindido más que nunca, el exiliado se ve condenado a serlo para siempre (1997: 47).

No sorprende, entonces, que como en el caso de la dimensión espacial del exilio, también con referencia al tiempo existan neologismos interesantes: el ya citado *destiempo*, pero también *redrotiempo* o *trast tiempo* (Solanes 1991: 147).

El primer neologismo fue creado por Miguel de Unamuno, en *El otro*, para referirse a su regreso al pasado, hasta el umbral de la infancia y del nacimiento. Un vivir “a redrotiempo” que es en realidad un desvivir: un ir hacia atrás en el tiempo hasta llegar al momento del nacimiento y a su confín con la muerte, hasta recuerdos que podríamos definir prenatales. Solanes nos recuerda, de hecho, que muchos son los textos en los que aparece el

¹⁰ Claudio Guillén hace referencia, en primer lugar, a la revista *Destiempo*, fundada en Buenos Aires en octubre de 1936 por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares; en segundo lugar, se refiere a su *El sol de los desterrados*, en que hablaba del destiempo como de un desfase en el desenvolvimiento de los ritmos históricos (Guillén 1995); por último, Guillén menciona a Antonio Muñoz Molina, quien en su discurso de ingreso en la Real Academia Española en 1996, citando a Guillén, había hablado de “Destierro y destiempo de Max Aub” (Aub y Muñoz Molina 2004).

término “desnacer”. Un ejemplo, mencionado por Solanes (1991: 150), esta vez latinoamericano, nos lo presenta un cuento del cubano Alejo Carpentier, *Viaje a la semilla*: el protagonista, Marcial, viaja en el tiempo desde la muerte hasta la juventud y la infancia en un recorrido que culmina con el retorno al vientre materno¹¹.

El segundo término, analizado por Solanes, *trast tiempo*, fue creado por Eugenio Montejo, y hace referencia no solo al “haberse sentido en sus largos viajes desterrado de la juventud” (Solanes 1991: 147), sino sobre todo a un más allá del tiempo, un más allá relacionado tanto con el pasado como con el futuro, capaz de producir alteraciones en la percepción del presente. Leamos el poema del autor venezolano, del que Solanes recupera solo algunos versos:

¿QUIÉN me cambió los pasos que me llevan
por esta calle de rostros desconocidos?
Ya las casas no son las mismas;
se oye un eco distinto en las palabras;
este lunes quizá sea martes;
el mar, sobre todo, parece aquí muy lejos.
Sin percatarme, en tanto tiempo,
a la orilla de un río que ya no existe
me he quedado dormido.

¿En qué mes de qué siglo erraba absorto
escuchando unos pájaros ya ausentes?
Esa ventana no estaba allí;
en el espejo miro unos ojos que no son míos.

¹¹ Las primeras advertencias no tardan en llegar: los relojes de casa empiezan a ir hacia atrás, los muebles de la casa parecen agrandarse, Marcial empieza a dejar de estudiar, siente repentinas ganas de jugar en el suelo. Hasta que al final solo tiene: “Hambre, sed, calor, dolor, frío. Apenas Marcial redujo su percepción a la de estas realidades esenciales, renunció a la luz que ya le era accesoria. Ignoraba su nombre. Retirado el bautismo, con su sal desagradable, no quiso ya el olfato, ni el oído, ni siquiera la vista. Sus manos rozaban formas placenteras. Era un ser totalmente sensible y táctil. El universo le entraba por todos los poros. Entonces cerró los ojos que solo divisaban gigantes nebulosos y penetró en un cuerpo caliente, húmedo, lleno de tinieblas, que moría. El cuerpo, al sentirlo arbozado con su propia sustancia, resbaló hacia la vida” (Carpentier 1987: 24).

¿Cuándo escribí aquel falso poema
que lleva mi firma?

Desesperado busco a tientas por el mundo
mis huellas sonámbulas.

¿Adónde huyó mi juventud? —Ya no lo sé.
Me ha dejado aquí solo y se fue por el río
(Montejo 2005: 164).

El exiliado se sitúa en el umbral del tiempo¹², puesto que fuera del propio país —comenta Solanes— no se va del pretérito al futuro con el mismo paso que viviendo en él” (1991: 169). Se produce una alteración de la función que pasado y futuro tienen en común: la de establecer una perspectiva capaz de dar —más allá de la dimensión espacial— un significado a los conceptos de cercano y lejano. El exiliado vive entonces un tiempo “que no fluye pero sí afluye” (Solanes 1991: 175), que se estanca a veces. Se trata de una alteración que puede llegar a afectar la vida cotidiana: un detalle percibido en patria como efectivamente lejano, puede convertirse en cercano y originar nostalgia. Es un fenómeno que Wittlin define como “el regreso de las palabras”:

Palabras olvidadas, que ya no usamos en nuestra vida presente, reaparecen en nuestra conciencia. Regresan como recuerdos. Queda solo su forma puramente sonora, de donde la vida ya ha evaporado. Una palabra como esta ya no es voz de la vida, sino su eco. Es una concha vacía en la que a veces podemos escuchar el murmullo de la vida (1972: 38 [la traducción es nuestra]).

Los recuerdos emergen, aparecen, en grietas imposibles de cicatrizar. Al respecto, especialmente reveladoras son algunas de las pinturas de Varo, en las que los recuerdos emergen misteriosamente de mesas, tablas, paredes anunciando su inquietante presencia. Un ejemplo deslumbrante lo encontramos en *Visita al pasado* (1957), una obra que evoca el poder de la memoria, que consigue vivificar hasta objetos (paredes, mesas, sillas) y pesar de manera inquietante sobre el presente de la persona que entra, con gafas y maleta, como de regreso de un largo viaje. El tiempo se dilata, se agrieta. Y

¹² *En el umbral del tiempo* es el título de la poesía compilada de Enrique de Rivas (2013).

tendríamos que preguntarnos si estas grietas abiertas que vemos en el cuadro de Varo se cerrarán o no.

No obstante, nos gustaría detenernos en otra obra de la pintora, de 1962: *Emigrantes*. Varo nos muestra una *roulotte*, casi una casa en ruinas en la que los emigrantes viajan. Las paredes de la casa están invadidas por una extraña vegetación: como en toda ruina, la hiedra toma posesión de espacios antes despejados, libres. Símbolo del paso del tiempo, pero también de la vida que no muere, que florece hasta en las situaciones más trágicas. Vemos una vela empujada por el viento, pero parece demasiado pequeña para poder sustentar el traslado de toda la casa. La *roulotte* es conducida por un personaje que se asoma tímidamente, tal vez mirando a los astros para orientarse, delante de un timón-brújula. En el interior de la casa, una mujer lee y escribe, de espaldas al camino por recorrer. No sabemos si está escribiendo sus memorias, un relato de viaje o, quizás, imaginando y soñando su propio futuro. Tampoco sabemos si la hiedra, propagándose cada vez más, llegará un día a bloquear el funcionamiento de las ruedas... ¿El viento seguirá empujando la vela? ¿Cambiará de dirección?

El tiempo del exiliado es el tiempo de quien, como los emigrantes del cuadro de Varo, ha sido dejado solo con el horizonte, según dirá Zambrano en *Carta sobre el exilio* (1961). Un horizonte que cruza una y otra vez, desgranando la historia. Paradójicamente, nos dice la filósofa, quienes se quedaron en la patria sí tienen un lugar propio, pero viven en una historia sin antecedentes. También ellos, los ciudadanos, viven sin un lugar histórico.

Por último, lo que aquí nos interesa recuperar de las reflexiones de Solanes es su perspicaz análisis del tiempo en el exilio a través de una figura sacada de las ciencias naturales: la de las rocas intrusivas, aquellos minerales —normalmente de origen volcánico— que penetran en niveles geológicos de origen diferente. Si miramos una estratigrafía de una pared rocosa veremos diferentes niveles de minerales, líneas horizontales. Ahora bien, las rocas intrusivas son aquellas líneas o porciones que atraviesan de forma oblicua los otros niveles. Desde este punto de vista, podríamos hablar del “tiempo de intrusión” en el exilio. Una grieta que interrumpe el fluir continuo del tiempo: el exiliado no estaría “fuera del tiempo ni tampoco bloqueado en él: más bien se diría que se halla extraviado en otro ámbito temporal, uno de

dudosa correspondencia con el que es propio de la gente con la que convive así como la que dejó en el país” (Solanes 1991: 178).

El carácter “intrusivo” del exilio es incómodo o puede resultarlo para quienes no han vivido esta experiencia. Los exiliados, advierte Zambrano, han sido a menudo identificados con un pasado inasimilable; por eso, desde los más diversos lugares, se les pedía que volvieran ya, que dejaran el exilio, que se “desexiliaran” (Zambrano 1961). Pero, añade la pensadora, “si somos pasado, en verdad es por ser memoria”:

Pero la memoria suscita pavor. Se teme de la memoria el que se presente para que se reproduzca lo pasado, es decir, algo de lo pasado que no ha de volver a suceder. Y para que no suceda, se piensa que hay que olvidarlo. [...] La verdad es todo lo contrario.

Lo pasado condenado [...] se convierte en fantasma. Y los fantasmas, ya se sabe, vuelven. Solo no vuelve lo pasado rescatado, clarificado por la conciencia; lo pasado de donde ha salido una palabra de verdad (1961: 70).

Palabras de verdad son también los nombres y las representaciones del exilio. Desde este punto de vista Solanes parece haber contestado a la petición con la que Zambrano cerraba su artículo: “Désele voz y palabra”, pedía.

CONCLUSIÓN

Complejo, muy complejo, fue y sigue siendo nombrar y narrar el exilio. Decía Sánchez Vázquez que en el paso corrosivo del tiempo, “en la entraña misma del esperar desesperado” del exilio, “hay que saber esperar esperanzado y no sacrificar la fidelidad a lo que da sentido, valor y razón a la existencia del exiliado” (1997: 146-147). El filósofo creía que lo importante con respecto al regreso consistía no tanto en el dónde, sino en el cómo hacerlo: “lo decisivo es ser fiel —aquí o allí— a aquello por lo que un día se fue arrojado al exilio. Lo decisivo no es estar —acá o allá— sino *cómo se está*” (1997: 47).

Terminamos este breve texto dejando nuevamente a las palabras de Sánchez Vázquez señalar la orilla de la esperanza y recordarnos que no puede haber esperanza sin memoria. Se trata del soneto “Yo sé esperar”:

Si para hallar la paz en esta guerra,
he de enterrarlo todo en el olvido,
y arrancarme de cuajo mi sentido
y extirpar la raíz a que se aferra;

si para ver la luz de aquella tierra
y recobrar de pronto lo perdido,
he de olvidar el odio y lo sufrido
y cambiar la verdad por lo que yerra,

prefiero que el recuerdo me alimente,
conservar el sentido con paciencia
y no dar lo que busco por hallado,

que el pasado no pasa enteramente
y el que olvida su paso, su presencia,
desterrado no está, sino enterrado (1997: 147).

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, José Luis (2001): *El exilio como constante y como categoría*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- ABREU, María Fernanda de (2011): “¿Será el volver y no volver? Claudio Guillén: del exilio a la Real Academia. Desexilio y destiempo”, en VV. AA., *El exilio republicano de 1939 y la segunda generación*. Sevilla: Renacimiento, pp. 495-499.
- AUB, Max, MUÑOZ MOLINA, Antonio (2004): *Destierro y destiempo. Dos discursos de ingreso en la Academia*. Valencia: Pre-Textos.
- CARPENTIER, Alejo (1987): “Viaje a la semilla”, en *Guerra del tiempo y otros relatos*. Madrid: Alianza, pp. 9-25.
- CARRASCO, Eduardo (2002): *Palabra de hombre. Tractatus de philosophiae chilensis*. Santiago de Chile: RIL.
- FERRATER MORA, José (1961): *Una mica de tot*. Palma de Mallorca: Moll.
- GAOS, José (1994): “Confesiones de un desterrado”, en *Revista de la Universidad de México*, n.º 521 (junio), pp. 3-9.
- GUILLÉN, Claudio (1995): *El sol de los desterrados: literatura y exilio*. Barcelona: Sirmio.
- LEÓN FELIPE (2008): *Nueva antología rota*. Madrid: Akal.

- LUQUÍN CALVO, Andrea (2009): *Remedios Varo. El espacio y el exilio*. Sant Vicent de Raspeig: Centro de Estudios de la Mujer-Universidad de Alicante.
- MENDOZA BOLIO, Edith (2010): *“A veces escribo como si trazase un boceto”*. *Los escritos de Remedios Varo*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- MONTEJO, Eugenio (2005): *Alfabeto del mundo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- NICOL, Eduardo (1998): “Eduard Nicol, pensador catalán. Diálogo con Xavier Rubert de Ventós”, en *Revista Anthropos*, Extra 3, *Eduard Nicol. La filosofía como razón simbólica*, pp. 19-25.
- REES, Elfan (1957): *Century of the Homeless Man*. New York: Carnegie Endowment for International Peace.
- RIVAS, Enrique de (1992): *Cuando acabe la guerra*. Valencia: Pre-Textos.
- (1996): “Tiempo y espacio del exilio”, en *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, n.º 26-27, pp. 125-132.
- (2011): “Destierro: ejecutoria y símbolo”, en María Teresa González de Garay y Juan Aguilera Sastre (eds.), *El exilio literario de 1939: actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de La Rioja del 2 al 5 de noviembre de 1999*. Logroño: GEXEL/Universidad de La Rioja, pp. 23-28.
- (2013): *En el umbral del tiempo. Poesía compilada (1946-2012)*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana/Eón.
- SAID, Edward W. (2001): *Reflexiones sobre el exilio*. Trad. de Ricardo García Pérez. Barcelona: Debate.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo (1997): *Recuerdos y reflexiones del exilio*. Barcelona: GEXEL.
- SILVA ROJAS, Matías (2015): “Filosofía y exilio. Lecturas cruzadas entre María Zambrano, Eduardo Carrasco y Humberto Giannini”, en José Luis Mora García, María del Carmen Lara, Óscar Barroso, Elena Trapanese y Javier Agenjo (eds.), *Filosofías del Sur, XI Jornadas Internacionales de Hispanismo Filosófico*. Madrid/Granada: Fundación Ignacio Larramendi/Departamento de Filosofía II-Universidad de Granada, Asociación de Hispanismo Filosófico, <<http://www.larramendi.es/fundacion/filosofias-del-sur-reune-las-acta>> (23-02-2022).
- SOLANES, José (1991): *Los nombres del exilio*. Caracas: Monte Ávila.
- TRAPANESE, Elena (2018): *Sueños, tiempos y destiempos. El exilio romano de María Zambrano*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- UMBRAL, Francisco (1976): “El cielo azul”, en *El País*, 29 de noviembre de 1976, <https://elpais.com/diario/1976/11/30/sociedad/218156408_850215.html> (23-02-2022).

- WITTLIN, Jozef (1972): “Splendore e miseria dell’esilio”, en *Settanta*, n.º 24 (mayo), pp. 33-42.
- ZAMBRANO, María (1961): “Carta sobre el exilio”, en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, n.º 49 (junio, 1961), pp. 65-70.
- (1989): “Amo mi exilio”, en *ABC*, 28 de agosto de 1989, p. 3.
- (2004): *Los bienaventurados*. Madrid: Siruela.
- (2014): *Delirio y destino*, en *Obras Completas*, VI. Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 837-1097.